

LA ERA DE LAS FLORES DE PLÁSTICO

Flores de plástico sobre la mesa, flores de plástico en el balcón. Flores de plástico para las niñas pijas que creen vivir en una canción. El eterno símbolo de la belleza es ahora remplazado por su imitadora, que a pesar de carecer de aroma y tacto aterciopelado, mantiene su seductora apariencia sin fecha de caducidad. Porque de eso se trata (¿verdad?), de mostrar un atractivo escaparate aunque no sea más que un mero decorado.

Podría tolerar las flores de plástico. Juro solemnemente que si me empeño podría llegar a hacerlo. El problema viene cuando la estela aséptica de estas individuales se expande como la gripe en el metro y llega a los sentimientos. Los sentimientos, ese rasgo que nos hace mirar con superioridad a todos los seres del planeta y que hoy en día nos deshumaniza, sí, nos deshumanizan por haberse convertido en un espectáculo. Todo es una cuestión de cromática y feng shui.

Porque pueden estar alegres, pero esa alegría no significa nada hasta que una foto en el todopoderoso Internet la convierte en eterna. El grado de alegría se medirá entonces por el uso de colores pastel, las sonrisas comedidas y una naturalidad que ha costado diez intentos conseguir. ¿Y el amor? Los enamorados se dedican frases que harían que el mismísimo Bécquer se sonrojara; el *para siempre* se convierte en la unidad de tiempo y el *te quiero* se repite como una canción de reggaetón. Sin embargo no debe hablarse a los amantes de compromiso en la vida real, pues se les estaría sometiendo al peligro de sufrir sarpullido. También es imprescindible nombrar los deseos de justicia que generan las redes, esa imperiosa necesidad de hablar por hablar y defender la propia opinión a muerte, tan propia de las tertulias en la plaza del pueblo, y que ahora tiene lugar en un mar de repentinos especialistas que debaten sobre la tauromaquia, el feminismo o porqué el mar es salado. Conservadores y liberales cambian identidades.

¿Es esta columna un intento de ridiculizar a la sociedad? ¿Una visión apocalíptica del mundo? ¿Una denuncia a nuestro siglo al más puro estilo de Ignatius Reilly? Nada de eso. En realidad es un alegato a la sinceridad, a la coherencia, a una verdad que aunque no sea la más fotogénica es nuestra, con la que podemos llegar a ser felices. Y es que quiero que cuando lea poesía la rosa que se desmaya en el jarrón no sea de trampa y cartón.